

## LA FORMACIÓN DE LA IMAGEN DE LA HISTORIA DE LA PATRIA EN LA POESÍA E HISTORIOGRAFÍA. LOS CASOS DE JOSÉ FORNARIS Y PEDRO SANTACILLA\*

Por JOSEF OPATRŇY

Cuando a principios de los ochenta del siglo XIX, en su conferencia en la Sorbona, el renombrado filósofo francés Ernest Renan formuló uno de sus dichos más citados sobre el mito histórico como una de las características de la formación de la nación<sup>1</sup>, mencionó también el continente americano pero habló sobre todo sobre la situación en Europa. Para prácticamente todo este continente, o quizás mejor dicho, para ciertas capas de toda la sociedad europea, al menos desde los fines del siglo XVIII las palabras patria, nación, Estado soberano y cultura nacional representaron parte integral de casi todas las discusiones culturales y políticas.<sup>2</sup> En la discusión participaron famosos filósofos, los historiadores proyectaron la problemática hacia el pasado, los escritores incorporaron la nueva temática en sus poemas, cuentos y novelas subrayando los valores nacionales de sus héroes. En los condados alemanes, en los Estados de las ciudades italianas, las regiones pobladas por los eslavos en Europa central y oriental o por las etnias bálticas en la parte noroccidental del Imperio ruso, empezaron los grupos de patriotas sus campañas culturales que, finalmente, cambiaron el

---

\* Este texto se inscribe en los proyectos MSM 0021620824 del Ministerio de Educación de la República Checa y BHA2003-2687 de MeyC de España “La sociedad rural en Cuba: diversificación agrícola y formas de identidad, 1837–1937”.

<sup>1</sup> Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris, ed. Levy 1882, 27.

<sup>2</sup> Sobre la problemática “nacional” existe una bibliografía extremadamente extensa ya desde el siglo XIX. Durante el siglo XX aparecieron libros considerados hoy día como clásicos; entre ellos destacan los de de Carleton B. HAYES, *The Historical Evolution of Nationalism*, New York 1931; Karl W. DEUTSCH, *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*, Cambridge Mass 1953; Boyd C. SHAFER, *Nationalism. Myth and Reality*, London 1955; y Hans KOHN, *The Idea of Nationalism*, New York 1967. En las décadas siguientes estuvieron entre las obras más inspiradoras Benedict ANDERSON, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, rev. ed. London, 1991; John A. ARMSTRONG, *Nations before Nationalism* Chapel Hill 1982; Etienne BALIBAR and Immanuel WALLERSTEIN, *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, London 1991; John BREUILLY, *Nationalism and State 2<sup>a</sup> ed.* Chicago 1994; Ernst GELLNER, *Nation and Nationalism*, Oxford 1983; Eric J. HOBBSBAWM, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge 1990; Miroslav HROCH, *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*. Cambridge 1985; Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford 1986; John HUTCHINSON, Anthony D. SMITH (eds.), *Nationalism*, Oxford 1994; Anthony D. SMITH, *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, London, New York 1998; J. A. HALL (ed.), *The State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*, Cambridge 1998; o Adrian HASTINGS, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*, Cambridge 1997.

mapa político del mundo. En Berlín, Praga, Varsovia, Budapest, etc. publicaron los escritores obras, en muchos casos de bajo nivel artístico, en las que presentaron el gran pasado de sus comunidades cuando sus antecesores lucharon heroicamente contra los invasores del suelo nacional. Los historiadores nacionales –no solamente los pedagogos en las Univesidades, los bibliotecarios de las bibliotecas públicas y privadas, los archiveros etc., es decir la gente educada en la profesión del historiador con las experiencias y conocimientos necesarios, sino sobre todo cantidad de abogados, curas, oficiales sin formación histórica– publicaron sus esbozos de los eventos históricos tomando en serio cada cosa famosa que apoyase sus opiniones sobre el gran pasado del pueblo respectivo. Sin la crítica necesaria de las fuentes construyeron sus imágenes del pasado, ofreciendo de tal manera material a los autores de los sobredichos poemas y novelas destinados al gran público. La historiografía clásica de diferentes naciones europeas<sup>3</sup> subraya la importancia de la historia en la argumentación de los portavoces del movimiento nacional, sea en la forma de las obras históricas sea de los motivos históricos en la literatura novelesca o en la rama muy popular del siglo XIX europeo, es decir la novela histórica.<sup>4</sup>

A pesar de que también la historiografía latinoamericana se interesa en las últimas décadas en la problemática del fenómeno de la nación y del nacionalismo<sup>5</sup>, no aparece la argumentación histórica en los movimientos nacionales latinoamericana-

---

<sup>3</sup> Para el caso checo véase Miroslav Hroch, *Evropská národní hnutí v 19. století*, Praha, Mladá fronta 1986; Josef KOČÍ, *České národní obrození*, Praha: Svoboda 1978 o Vladimír MACURA, *Český sen (El sueño checo)*, Praha, Nakladatelství Lidových novin, 1998.

<sup>4</sup> Véase en este contexto la fama internacional del escritor escocés Walter Scott, cuya obra tuvo gran repercusión en todo el continente e inspiró a decenas de autores de diferentes literaturas nacionales europeas.

<sup>5</sup> Véase p. ej. Gloria Grajales, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. Estudio historiográfico*, México 1961; Arthur P. Whitaker, *The Nationalism in Latin America*, Gainesville 1962; Vial Gonzalo Correa, “La formación de las nacionalidades hispanoamericanas como causa de la independencia”, *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, XXXIII, no. 75, 1996, 110–144; Gerhard Masur, *Nationalism in Latin America. Diversity and Unity*, New York, London 1966; Arthur P. Whitaker, David C. Jordan, *Nationalism in Contemporary Latin America*, New York 1966; Felipe Herrera, *Nacionalismo Latinoamericano*, Santiago de Chile 1967; Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Santiago de Chile 1969; Ricaurte Soler, *Clase y nación en Hispanoamérica. Siglo XIX*, Panamá 1975; L. Monguio, “Palabras e ideas: “Patria” y “Nación” en el Virreinato del Perú”, *Revista Iberoamericana* 104–105, 1978, 451–470; Marco Palacios (comp.), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México 1983; David A. Brading, *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492–1867*, Cambridge 1991; Antonio Annino, Luis Castro Leiva, Francois-Xavier Guerra (eds.), *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*, Zaragoza 1994; Francois-Xavier Guerra y Mónica Quijada, coord., *Imaginar la Nación, Cuadernos de Historia Latinoamericana*, no. 2, 1994; David A. Brading, “Nationalism and State-Building in Latin American History”, *Ibero-Amerikanisches Archiv* 20, 1/2, 1994, 83–108; Manuel Ferrer Muñoz, *La formación de un Estado nacional en México (El Imperio y la República federal, 1821–1835)*, México 1995; Hans-Joachim König, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada*, Bogotá 1994; el mismo, *Nation Building in Nineteenth Century Latin America*, ed. by Hans-Joachim König and Mariañe Wieselbron, Leiden 1998; el mismo, “Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica”, *Cuadernos de historia latinoamericana. Estado-nación, Comunidad indígena, Industria*, no. 8–2000, 7–47; Alfonso Munera, *El Fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717–1810)*, Bogotá

nos entre los objetos más importantes de la atención de los especialistas en esta esfera. Por razones bien comprensibles, los historiadores de Argentina, México, Chile etc. analizan sobre todo la argumentación política y económica de los próceres de los nacionalismos respectivos. La misma constatación vale también para la investigación en este campo en la historia de Cuba.<sup>6</sup> El estudio de los textos cubanos de las primeras décadas del siglo XIX, sin embargo, desvela que también en Cuba atribu-

---

1998; Ulrich Mücke, “La desunión imaginada. Indios y nación en el Perú decimonónico”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 36, 1999, 219–232; Hilda Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México 1999.

- <sup>6</sup> Sobre la problemática “nacional” en el caso de Cuba véase – al lado de las obras clásicas de Rafael Soto Paz, *La falsa cubanidad de Saco, Luz y Del Monte*, La Habana, Editorial “Alfa” 1941; Elías Entralgo, *La liberación étnica cubana*, La Habana, Imprenta de la Universidad de la Habana 1953; Jorge Castellanos, *Tierra y Nación*, Santiago de Cuba, Editorial Manigua 1955; Carlos Chain Soler, *Formación de la nación cubana*, La Habana, Ediciones Granma 1968; Sergio Aguirre, “Nacionalidad, nación y centenario”, in: *Eco de los caminos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales 1974, 401–118; Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*, La Habana, Instituto cubano del libro, 1967; Jorge IBARRA, *Nación y cultura nacional*, La Habana, Editorial Letras Cubanas 1981 – la cantidad de libros y artículos publicados en las dos últimas décadas. Comp. p. ej. Josef Opatrný, “Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana”, *Ibero-Americana Pragensia*, 3, 1986; Gerald E. Poyo, “With All, and for the Good of All”. *The emergence of Popular Nationalism in Cuban Communities of the United States, 1848–1898*, Durham, N. C. 1989; “Identidad nacional y cultural de las Antillas hispanoparlantes”, *Ibero-Americana Pragensia*, 5, 1991; Miriam Fernández Sosa, “Construyendo la nación: Proyectos e ideologías en Cuba, 1899–1909”, in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora, Aranjuez, Doce Calles 1996, 123–129; Eduardo Torres Cuevas, “Patria, pueblo y revolución: conceptos base para la historia de la cultura en Cuba”, in: *Nuestra común historia. Cultura y Sociedad*, La Habana 1993, 1–22; Jorge Ibarra, “Cultura e identidad nacional en el Caribe hispánico: el caso puertorriqueño y el cubano”, in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis M. García Mora, Aranjuez 1996, 85–95; Michael Zeuske, “1898: Cuba y el problema de la “transición pactada”. Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880–1920)”, in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis M. García Mora, Aranjuez 1996, 131–147; Luis M. García y Consuelo Naranjo Orovio, “Intelectualidad criolla y nación en Cuba, 1878–1898”, in: *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 1997, vol. 15, 115–134; Louis A. Perez, “Identidad y nacionalidad: Las raíces del separatismo cubano, 1868–1898”, in: *OP. CIT. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, 9, 1997, 185–195; Elena Hernández Sandoica, “La política colonial española y el despertar de los nacionalismos ultramarinos”, in: Juan P. Fusi y Antonio Nino, ed. *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid 1997, 115–132; Jorge Ibarra, “Los nacionalismos hispano-antillanos del siglo XIX”, in: Juan P. Fusi y Antonio Nino, ed. *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid 1997; Consuelo Naranjo Orovio, “Cuba, 1898: Reflexiones en torno a los imaginarios nacionales y a la continuidad”, in: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 1998, n. 20, 221–234; Consuelo Naranjo Orovio, “Hispanización y defensa de la integridad nacional en Cuba, 1868–1898”, in: *Tiempos de América*, 2, 1998, 71–91; Consuelo Naranjo Orovio, “Immigration, Race and Nation in Cuba in the Second Half of the 19<sup>th</sup> Century”, in: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 24: 3/4, 1998, 303–326; Paul ESTRADE, “El autonomismo criollo y la nación cubana (antes y después del 98)”, in: Consuelo NARANJO OROVIO, Carlos SERRANO (eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC (Colección Tierra Nueva y Cielo Nuevo, n° 37), 1999, 155–170; Consuelo NARANJO OROVIO, “Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo XX”, in: *Historia Mexicana*, no. 53, 2003, 511–540, idem, “La historia se for

yeron algunos portavoces de la sociedad criolla gran importancia a su argumentación histórica, lo que atestiguan sobre todo los textos de José Fornaris y Pedro Santacilla. Ambos tienen un lugar importante en la historia de la conciencia nacional, a pesar de que ni el primero, el abogado y poeta Fornaris<sup>7</sup>, ni el segundo, el político e historiador autodidacta Santacilla<sup>8</sup>, destacaron por su nivel artístico o científico, respectivamente. Ambos aportaron, sin embargo, en sus campos. Fornaris por los temas, Santacilla por el ángulo de ver la historia de los habitantes de Cuba.

Fornaris se incorporó con su poesía, sobre todo con sus *Cantos de Siboney*, en la corriente importante del romanticismo de Cuba que buscó en el pasado indígena la confirmación de las raíces cubanas de la sociedad criolla ya en el lejano pasado. Criollismo y siboneísmo tuvieron sus precursores ya en las primeras décadas del XIX. Los especialistas cubanos citan en este contexto sobre todo a Ignacio Valdés Machuca, José María Heredia, José Jacinto Milanés y, naturalmente, al famoso Plácido, Gabriel de la Concepción Valdés. Estos representantes de los criollos cubanos mencionan en su poesía a los indígenas sin presentarles directamente como los antecesores de su capa social. En este contexto, el editor de la antología de la poesía criollista y siboneísta<sup>9</sup> Jesús Orta Ruiz dice sobre Ignacio Valdés Machuca: “En 1833 escribió un pequeño romance titulado “Villancico”, que es una de las más fieles anticipaciones del siboneísmo.”<sup>10</sup> Por otro lado apareció el indio en la poesía de

---

ja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX”, in: *Historia Social*, no. 40, 2001, 153–174. Un esbozo útil de la problemática lo ofrece el artículo de Enrique LÓPEZ MESA, “Historiografía y nación en Cuba”, in: Consuelo NARANJO OROVIO, Carlos SERRANO (eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales...*, 171–195.

<sup>7</sup> José Fornaris nació en Bayamo en 1827 en la familia del regidor del Ayuntamiento. A partir de 1835 cursó su enseñanza primaria en Santiago de Cuba y desde 1840 estudió en la Habana en el Colegio de San Fernando y en la Universidad. En 1844 se graduó de bachiller en leyes y en los principios de los cincuenta de licenciado en leyes. Se desempeñó en este tiempo como regidor del ayuntamiento de Bayamo, y al lado de esta actividad oficial participó también en la conspiración en la que destacó su amigo íntimo Carlos Manuel de Céspedes. Encarcelado en 1852 durante unos meses, abrió en 1853 su carrera como abogado. Más importantes que las actividades profesionales o la crítica al régimen colonial es su trabajo literario, ya su poesía o ya, sobre todo, las actividades organizativas y pedagógicas. Murió en 1890 en La Habana.

<sup>8</sup> Pedro Santacilla nació en Santiago de Cuba en 1826. Cuando tenía diez años abandonó la isla con su padre, desterrado por la administración del Capitán General Tacón. Después de estudiar en la Península regresó en 1845 a Cuba, desarrollando sus actividades pedagógicas y literarias en Santiago. Colaboró con las revistas de la época –El Orden, La Revista de Cuba, Semanario Cubano, etc.– y fundó el nuevo título Ensayos Literarios. Apoyó las campañas de Narciso López, fue encarcelado y por fin en 1852 deportado. En España estuvo esta vez solamente unos meses, pasó a Gibraltar y escapó a los Estados Unidos. En Nueva Orleans participó no solamente en las actividades de los anexionistas sino también en las del exilio liberal mexicano. Colaboró con Benito Juárez, salió con mexicanos a México, se incorporó en la vida política del país y se casó con una de las hijas de Juárez. Murió en México en 1810. Sobre Santacilla véase sobre todo el texto de Julio LE RIVEREND, “Santacilla en sus tiempos”, in: *Pedro Santacilla. El hombre y su obra*, comp. Boris ROSEN JÉLOMER, México, Centro de investigación científica Jorge L. Tamayo, A.C., 1983, vol. I., V–XII; Jorge CARRIÓN, “Pedro Santacilla. Intento de biografía política”, in: *Pedro Santacilla ...*, XIII–XLVI y Francisco IBARRA MARTÍNEZ, “Pedro Santacilla y Palacios (1826–1910)”, in: *Pedro Santacilla ...*, LXIII–LXXIII.

<sup>9</sup> *Poesía criollista y siboneísta*, comp. Jesús ORTA RUIZ, La Habana, Editorial arte y literatura 1976.

<sup>10</sup> *Poesía criollista ...*, 98.

Heredia ya en 1820. No fue, sin embargo, el siboney sino un azteca. El poema *En el teocalli de Cholula* tiene, no obstante, dos características de la poesía criollista y siboneísta. Menciona la población precolombina de América y adora la rica naturaleza americana.

“¡Los aztecas valientes! En su seno  
En una estrecha zona concentrados,  
Con asombro se ven todos climas  
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos  
Cubren a par de las doradas mieses  
Las cañas deliciosas. El naranjo  
Y la piña y el plátano sonante,  
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
A la fondosa vid, al pino agreste,  
Y de Minerva el árbol majestuoso.”<sup>11</sup>

No hay duda de que Heredia estuvo influido en su poesía por su contacto con México, que visitó con su padre entre otras partes de América (Venezuela, Florida y Santo Domingo). No olvidó introducir en otros versos, en *Placeres de la melancolia*, también las Antillas.

“¡Hombres feroces! La severa historia  
En páginas sangrientas eterniza  
De sus atrocidades la memoria.  
Al esfuerzo terrible de su espada  
Cayó el Templo del Sol, y el trono altivo  
De Acamapich... Las infelices sombras  
De los reyes aztecas olvidados  
A evocar me atreví sobre sus tumbas,  
Y del polvo a mi voz se levantaron,  
Y su inmenso dolor me revelaron.  
¿Dó fue la raza candorosa y pura  
Que las Antillas habitó ..? La hiere  
Del vencedor el hierro foribundo:  
Tiembla, gime, perece,  
Y, como niebla al Sol, desaparece.”<sup>12</sup>

Entre las manifestaciones del amor a la Patria, “suspirada Cuba”, aparecen en Heredia en la mitad de los veinte los versos que evocan los de Fornaris de *Cantos del Siboney*. Mencionando en *Las sombras* “indígenas menguados, de triste faz y lamentable tono” dice el jóven poeta en 1825, textualmente:

---

<sup>11</sup> Citado según *Poesía criollista* ..., 127.

<sup>12</sup> Citado según *Poesía criollista* ..., 123.

“Cualesquiera español es un tirano  
Que orgulloso y feroz, sin más derecho  
Que nacer en Canarias o en Europa,  
Llena de orgullo su indolente pecho,  
Y al débil indio con soberbia mano  
Maltrata, insulta, oprime;  
Y él ni aun siquiera gime  
La cruda afrenta en su cobarde pecho,  
Digno del yugo y la servil cadena.”<sup>13</sup>

Hay, no obstante, una diferencia sustancial. Heredia no se identifica con el indio, observándolo en su relación con el opresor español desde afuera. Se considera como un criollo con el derecho de alcanzar la independencia, lo que atestigua su participación en la conspiración de Soles y Rayos de Bolívar en 1823. Perseguido por esta actividad por las autoridades españolas de la isla, abandonó Heredia en los fines de noviembre de 1823 la colonia para pasar el resto de su vida en los Estados Unidos y sobre todo en México. Parece sintomático que sus riquísimas actividades culturales incluyan no solamente la traducción del prócer de la novela histórica Walter Scott<sup>14</sup> sino también unas consideraciones importantes sobre este género literario en sus estudios críticos sobre literatura *Ensayo sobre la novela*.<sup>15</sup>

Estas actividades de Heredia confirman cierto cambio en el interés de una parte de los portavoces de los criollos en ese periodo. Anteriormente los representantes de esta capa se interesaron sobre todo en la economía y la política, pero al menos algunos ya empezaron a interesarse también en la historia. José Antonio Valdés preparó su *Historia de la Isla de Cuba y en especial de la Habana* de 1813<sup>16</sup>, donde ofreció la visión criolla de la historia de la Isla en los principios del siglo, y una comisión de la Sociedad Económica de los Amigos del País publicó en 1830 los primeros resultados de su trabajo en los archivos de diferentes instituciones de la isla en forma de *Memoria*. Los miembros de la comisión consideraban la publicación como el primer paso para la preparación de una historia de Cuba escrita por un historiador “oficial”, aunque sin contestar importantes cuestiones: “... se encontró con un problema crucial de plena actualidad: ¿qué preguntamos a los documentos?, ¿qué a la Historia? El argumento dado por la sección de Historia fue simple: se quedaba a la espera de que las noticias que llegasen de los pueblos, península y extranjero fueran lo suficientemente cuantiosas para emprender tan magna obra.”<sup>17</sup>

---

<sup>13</sup> Citado según *Poesía criollista ...*, 133.

<sup>14</sup> Walter SCOTT, *Waverly*, México, Imp. de Galván 1833.

<sup>15</sup> José María HEREDIA Y HEREDIA, *Ensayo sobre la novela*, 1832.

<sup>16</sup> José Antonio Valdés, *Historia de la Isla de Cuba y en especial de la Habana*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964.

<sup>17</sup> Izaskun ÁLVAREZ CUARTERO, *Memorias de la Ilustración: las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba (1783–1832)*, Madrid, Departamento de Publicaciones Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País 2000, 202.

No obstante, el interés de las capas criollas por la historia no fue en estas décadas tan grande para superar las dificultades ligadas con la preparación de la obra proyectada, y la comisión por eso decidió publicar al menos una de las obras escritas en el siglo XVIII. Por fin presentó *Llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticias de su fundación, aumentos y estado* de José Martín Félix de Arrate de Perralta.<sup>18</sup>

A pesar de que repetidamente aparecieron intentos de presentar en una forma diferente los estudios históricos<sup>19</sup>, fue en los cincuenta el poeta José Fornaris quien presentó en sus *Cantos de Siboney* la nueva imagen de la historia de Cuba, despertando el interés del gran público. En 1855 apareció el segundo libro de Fornaris<sup>20</sup>, *Poesías de José Fornaris*<sup>21</sup>, que incluyó *Cantos de Siboney*. El público acogió el poemario con gran entusiasmo, lo que atestiguan cinco ediciones sucesivas de *Poesías* durante los años siguientes<sup>22</sup>, y en los principios de los sesenta publicó Fornaris *Cantos de siboney* como título singular<sup>23</sup>. Uno de los frutos del éxito de la primera edición fue la fundación del semanario *La Piragua* en 1856. Fornaris colaboró en esta revista con su amigo Joaquín Lorenzo Luaces<sup>24</sup> e hizo de *Piragua* un órgano del siboneísmo, identificado en estos años en Cuba precisamente con los versos presentados en *Cantos del siboney*. Ya la poesía *Mi Patria* ofreció al lector palabras que negaron todo lo que dijeron las generaciones anteriores de criollos, siguiendo las huellas de Francisco Arango y Parreño que identificó su capa con los españoles escribiendo: “Somos españoles, no de las perversas clases de que las demás naciones forman muchas de sus factorías mercantiles, que es a lo que redujeron y reducen sus establecimientos en Américas, sino parte sana de la honradísima España. Y esa ilustre sangre que corre por nuestras venas en nada ha desmerecido porque, a costa de tantas visas, probaciones y fatigas, haya logrado conquistar, establecer y fomentar tantas Españas nuevas, tantos reinos

---

<sup>18</sup> José Martín FÉLIX DE ARRATE DE PERRALTARA, *Llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticias de su fundación, aumentos y estado*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964.

<sup>19</sup> Sobre la historiografía cubana en este periodo véase Carmen ALMODÓVAR MUÑOZ, *Antología crítica de la historiografía cubana (época colonial)*, La Habana, Editorial pueblo y educación 1986 y la obra clásica de José Manuel PERÉZ CABRERA, *Historiografía de Cuba*, México, Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia 1962.

<sup>20</sup> Su primer libro lo publicó José Fornaris bajo el título *Recuerdos* en 1850 (*Recuerdos. Poesías*. Pról de Eduardo Lebrede, La Habana, Imp. de La Prensa 1850).

<sup>21</sup> *Poesías de José Fornaris*, Prólogo de Rafael María de Mendive, La Habana, Imp. del Tiempo 1855.

<sup>22</sup> El editor de la citada antología de la poesía criollista y siboneísta, Jesús Orta Ruiz, en este contexto llamó los *Cantos* “una victoria editorial sin precedentes”, in: *Poesía criollista ...*, 310.

<sup>23</sup> *Cantos de siboney*, La Habana, Imprenta La Antilla 1862.

<sup>24</sup> Joaquín Lorenzo Luaces nació en 1826 en La Habana, en los cuarenta estudió en el Colegio Seminario de San Carlos graduándose en 1844 de bachiller en Artes. Siguió sus estudios de jurisprudencia en la Universidad de La Habana alcanzando en 1848 el grado de bachiller en esta carrera. En el mismo tiempo participó en las tertulias literarias celebradas en la casa de Felipe Poe, presentando al principio sus traducciones del francés y más tarde también su propia poesía. Colaborando con Fornaris desarrolló el siboneísmo, pero más tarde cambió su orientación y está considerado como uno de los precursores del parnasismo.

opulentos.”<sup>25</sup> Fornaris, por otro lado, después de apreciar en sus versos la belleza de España, su paisaje, ciudades y la valentía de su población, escribió:

“Mas Cuba es mi anhelo,  
Mi dicha, mi duelo,  
Mi sueño dorado,  
Mi amor inmortal;  
Me encantan sus cuevas,  
Sus verdes florestas,  
Su espléndida Luna, su Sol tropical.

Sus torres y alhambras,  
Sus fiestas y zambras,  
Mis padres adoran ...  
Su amor es su rey,  
Su gloria Lepanto;  
Mas yo a Cuba canto;  
¡Yo soy de Bayamo, yo soy siboney!”<sup>26</sup>

De la misma manera siguen las estrofas que elogian las hermosuras de Granada para repetir finalmente, sin embargo, las mismas palabras:

“Aquí al cielo mío  
Mis penas confío,  
O casto amor sueño  
Con fe juvenil;  
Mi orilla cubana  
Prefiero al Guardiania,  
Al Tajo famoso, y al claro Jenil.

Sus torres y alhambras,  
Sus fiestas y zambras,  
Mis padres adoran ...  
Su amor es su rey,  
Su gloria Lepanto;  
Mas yo a Cuba canto;  
¡Yo soy de Bayamo, yo soy siboney!”<sup>27</sup>

Fornaris – siboney busca naturalmente sus héroes indígenas subrayando en sus características los rasgos apreciados por la sociedad criolla del siglo XIX. Hatuey,

---

<sup>25</sup> Francisco ARANGO Y PARREÑO, *Obras de ...*, La Habana 1952 vol. II., p. 113.

<sup>26</sup> Citado según *Poesía criollista ...*, 311sg.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 312.



en el poema del mismo nombre, “amó la libertad con fanatismo” y superó en su heroísmo a “los griegos en Platea”. El cacique siboney de Abaguanes lucha contra los invasores caribes, y el cacique del Camagüey ensalza su “valle fértil y pintoresco”. A pesar de que el cruel caribe significa para el siboney el peor enemigo (comp. el poema Ana Luisa), el cacique defiende en Hatuey su tierra contra los españoles, y la tierra cubana en forma de “yerba silvestre” le ofreció “su mejor mausoleo”.

La incorporación de los temas históricos en la poesía no fue, sin embargo, la única manifestación del interés de Fornaris en la historia. La persona más destacada del siboneísmo<sup>28</sup> publicó también *Compendio de la Historia Universal*, lo que demuestra la importancia que atribuyeron al pasado los representantes de las comunidades en cierto nivel de la búsqueda de sus rasgos específicos y característicos.

En 1862 la Tipografía de Nabor Chavez, en México, publicó un folleto *La clava del indio. Leyenda Cubana*<sup>29</sup> de unas cincuenta páginas. El autor, que se presentó bajo las letras P.S., escribió en la advertencia: “Esta leyenda –prohibida por la censura en Cuba el año de 1844, a causa únicamente de sus alusiones políticas, e inédita hasta hoy–, fue escrita cuando autor contaba apenas unos catorce años de edad. Su objeto era crear el gusto por las cosas puramente *cubanas*, ensayando un género de escritos, casi desconocidos entonces en la isla, y para el cual sin embargo, ofrecen tantísimos encantos las tradiciones históricas del país.”<sup>30</sup> (la cursiva es del autor P.S.) En los párrafos siguientes la persona escondida bajo las letras P.S. formuló la tarea fundamental de los escritores de habla española en América diciendo: “En Cuba, lo mismo que en México y en todos los demás pueblos americanos de origen español, no solamente conviene, sino que es ya necesario y hasta indispensable por muchos conceptos, que los escritores trabajen con empeño por dar a sus escritos de todas clases, una *fisonomía peculiar*, digámoslo así, que los distinga de los demás, pues sólo de esa manera, es decir, *localizando* en cuanto sea dable la literatura, podrá ésta con el tiempo llegar a ser original y tener un carácter propio que la haga verdaderamente *nacional*.”<sup>31</sup> (la cursiva es del autor P.S.) Según P. S. los “autores americanos de la familia ibero-americana”, con ciertas excepciones, no hicieron más que imitar a los autores europeos “sin estudiar filosóficamente, como debían, la diferencia grande que existe entre las sociedades escépticas y gastadas del viejo mundo, y los pueblos nacientes, por decirlo así, del mundo de Colón.”<sup>32</sup> Para alcanzar la propia nacionalidad era necesario, según P. S., “americanizar” – mexicanizar, cubanizar, argentinizar – la literatura, las artes, toda la esfera cultural, porque la “*nacionalidad*... no la constituye solamente la independencia política conquista-

---

<sup>28</sup> Los especialistas en la historia de la literatura cubana comparten la opinión de que *Cantos del siboney* representa la obra más importante del siboneísmo, no olvidando, por otro lado, apreciar también la personalidad y obra de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo.

<sup>29</sup> *La clava del indio. Leyenda cubana*, por P.S., México, Edición del Heraldo, Tipografía de Nabor Chavez 1862.

<sup>30</sup> Citado según *La clava*... in: Pedro Santacilla. El hombre..., vol. II., 187.

<sup>31</sup> Ibid.

<sup>32</sup> Ibid.

da por la revolución.”<sup>33</sup> El estudio de los modelos europeos debía servir no para copiarlos sino para “educar el gusto con la adquisición de nuevos conocimientos, a fin de producir obras dignas que honren a la nación.”<sup>34</sup> En la conclusión de la advertencia el autor no omite subrayar una vez más la importancia de la historia para la formación de la cultura nacional, que simultáneamente aporta a la constitución de una nación y confirma su existencia. “Sin tener en cuenta la historia y las tradiciones de los pueblos americanos, tan fecundas en personajes y acontecimientos de todas clases, el hecho sólo de ser tan heterogéneas como son sus respectivas sociedades, proporciona tal variedad de tipos originales y tal diversidad de costumbres características, que hasta sería muy fácil dar a las producciones de esos países, un carácter y un colorido especial, que los diferenciarían por completo de todos los demás.”<sup>35</sup>

La leyenda sola representa después una mezcla de la crítica de las crueldades de los conquistadores españoles en Cuba, demostradas en el destino de Hatuey, con los intentos de presentar en el ejemplo del viejo cacique amigo de Hatuey y su hijo la humanidad de los siboneys combinados con la búsqueda para descubrir también entre los conquistadores a la gente de compartamiento humano con los indígenas. La narración acompaña la descripción de la hermosura de la naturaleza de la isla, y el texto culmina en la bendición del Gran Ser. La calidad artística corresponde a la edad del autor escondido bajo las primeras letras de su nombre, P. S., es decir Pedro Santacilla.

Pedro Santacilla regresó a la lejana historia de Cuba no solamente en sus famosas *Lecciones orales* presentadas durante el exilio en Nueva Orleans sino en tres de cuatro artículos publicados ya en la segunda mitad de los cuarenta en la revista *Ensayos literarios*.<sup>36</sup> *Gobierno, religión, usos y costumbres de los primitivos habitantes de la isla de Cuba*, *Singular Combate en la bahía de Santiago de Cuba* y *El idioma siboney* (al lado de estos tres estudios “siboneístas” apareció en la revista también el artículo *Palma de Soriano* dedicado a la presentación histórico-etnográfica de esta aglomeración). De estos tres es más interesante el primero. Santacilla ofrece una imagen totalmente idílica de la sociedad de los siboneys comparándola con las sociedades indígenas del continente, sobre todo con las sociedades más desarrolladas de México y Perú. A pesar de que ya en la introducción dice que hay muy pocos acontecimientos de algún interés que puedan citarse en la historia temprana de Cuba, describe en el texto la vida de los siboneys apoyándose sobre todo en las informaciones de los autores españoles de la primera mitad del siglo XVI. (*Historia General de las Indias*, *Monarquía Indiana* y Quintana, *Vida de las Casas*).

Los españoles no encontraron en Cuba, según Santacilla, ni el gobierno absoluto y tiránico del emperador Moctezuma ni la regia magnificencia de los descendientes de Manco-Capac, sino los siboneys pacíficos. “Pacíficos por naturaleza y tran-

---

<sup>33</sup> Ibid., 188.

<sup>34</sup> Ibid.

<sup>35</sup> Ibid., 188sg.

<sup>36</sup> La revista fue publicada en Santiago de Cuba por la Real Sociedad Económica bajo la dirección de José Joaquín, Pedro Santacilla y Francisco Baralt.

quilos por costumbres, los antiguos ciboneyes vivían en familia, sin que jamás el estruendo de la guerra turbase la felicidad de que gozaban en aquella vida patriarcal, que era por decirlo así, la realización de las ideas con que los poetas han tratado de pintarnos los encantos de la edad de oro.”<sup>37</sup> Santacilla describe las relaciones armónicas entre la gente de Colón y los siboneys atribuyéndolas no solamente al pacifismo de los indígenas sino también a “la fina política del ilustre genovés, su amabilidad y sus regalos”. Sin dedicarse a “horrores anteriores” sigue Santacilla en la descripción de la vida de los habitantes de Cuba antes de la llegada de los europeos “no dudando que estas apuntes serán bien recibidas por aquellos que como nosotros sean entusiastas por las cosas de su país.”<sup>38</sup> Subrayando sus capacidades de agricultores y de constructores de casas y pueblos no olvidó mencionar que “apenas tenían armas propiamente dichas los antiguos ciboneyes, pues su condición naturalmente pacífica hacía inútiles estas alhajas. Usaban sin embargo algunos instrumentos cortantes, formados con fuertes pedernales que hacía las veces de cuchillos, valiéndose además de algunas espinas de pescado que colocaban al extremo de una vara para formar lanzas.”<sup>39</sup>

En este ánimo Santacilla llegó hasta el fin de su artículo diciendo: “Pero paremos aquí. Llevados de nuestra natural afición a todo lo que dice relación con la isla, nos detendríamos con el mayor placer hablando de esta materia, si no temiésemos cansar al lector, dando más extensión a un artículo que acaso parecerá ya demasiado largo. No será ésta la última vez sin embargo, que tomemos la pluma para tratar de este asunto: persuadidos como estamos de la favorable acogida que tendrán siempre las obras de esta naturaleza, volveremos a hablar en otra ocasión de nuestra historia. Entonces como ahora, nos consultaremos con los más respetables autores; escogeremos aquellos sucesos o pasajes que más interés puedan ofrecer al lector, y si el resultado de nuestros estudios puede dar alguna utilidad al país que nos vio nacer, entonces nada tendremos que desear, habremos quedado satisfechos y nuestros esfuerzos habrán sido más que suficientemente recompensados.”<sup>40</sup>

Si en 1846 habló Santacilla solamente sobre el interés en la historia de la isla en Cuba, en su más conocida obra histórica, *Lecciones orales sobre la historia de Cuba*<sup>41</sup> formuló las tareas del historiador y de la historia en la vida nacional. En la introducción de las *Lecciones* escribió: “Ahora bien, como no era posible crear acontecimientos, y tenía que contraerme exclusivamente a los poquísimos acaecidos en nuestra patria, quise a lo menos referirlos de una manera distinta y nueva hasta cierto punto, ensayando un trabajo que no ha emprendido hasta ahora ninguno de los autores que han hablado de las cosas de nuestra tierra. Me explicaré. Los

---

<sup>37</sup> Pedro Santacilla, “Gobierno, religión, usos y costumbres de los primitivos habitantes de la Isla de Cuba”, in: Pedro Santacilla, *El hombre ...*, I, 493.

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> *Ibid.*, 498.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 501.

<sup>41</sup> Pedro Santacilla, *Lecciones orales sobre la historia de Cuba*, Nueva Orleans 1859, el texto siguiente lo cito de la edición en: Pedro Santacilla, *El hombre ...*, I, 313–491.

pocos cubanos que se ocupan en historiar la vida de su pueblo, o vivieron en épocas atrasadas y no pudieron juzgar como debían, los sucesos que narraban, o escribieron amedrentados bajo la censura colonial, y no osaron naturalmente emitir con independencia las opiniones que concibieron. Vino en seguida Pezuela, y pudo con facilidad llenar el vacío que habían dejado los otros, pero mal podía acometer esa empresa un escritor español, interesado como el que más en presentar los hombres y las cosas, no ya como aparecieron realmente en la historia, sino como importaba presentarlos, consultando las conveniencias y las miras de su nación. Por consiguiente ninguno ha habido hasta ahora que, con verdadera imparcialidad, y comprendiendo el deber sagrado de su misión, haya juzgado detenidamente los acontecimientos, ni menos indicado la influencia buena o mala que tuvieron sobre la sociedad. Encomian hasta la exageración los actos del poder, pero nada dicen de los abusos, y sepultan cínicamente en el silencio lo que no pueden aplaudir. Escritor español hemos visto en nuestros días (Arbolea) que procuraba explicar la completa extinción de los aborígenes de Cuba por los ataques de los caribes que suponía desembarcaban con frecuencia en el Ciboney, mientras que otro (Vázquez Queipo) atribuía exclusivamente a los especuladores extranjeros, el aumento espantoso que ha tenido en la isla la esclavitud. Así han escrito la historia para los cubanos los autores peninsulares.”<sup>42</sup>

Para Santacilla fue la historia, esto parece de sus palabras citadas, un conjunto de acontecimientos que podrían ser interpretados desde diferentes posiciones. El papel importante en esta interpretación lo tenía la personalidad del intérprete y su nacionalidad. Según el concepto de Santacilla, la historia de Cuba escrita por un español ofrecía desinterpretaciones dadas por el anhelo del autor de presentar las actividades de sus compatriotas durante la conquista y la época siguiente con los mejores colores. Por eso Santacilla presentó la ambición de marcar la dirección de la historiografía cubana, expresándolo textualmente: “Yo he querido seguir un orden distinto, no ya con la pretensión llenar completamente el vacío que acabo de indicar, sino con el objeto de ensayar en proporciones pequeñas, un plan que creo deben adoptar en lo sucesivo cuantos acometan con fuerzas suficientes el escribir por completo la historia de nuestro país. Inútil es encomendar a la memoria, agrupados en un libro, hechos por interesantes que parezcan, si con ellos al mismo tiempo, no se ilustra el entendimiento y se educa la razón, cosas que no pueden efectuarse sino por medio del razonamiento, juzgando los mismos hechos en todas las consecuencias. Yo he procurado hacerlo, contrayéndome principalmente a los más notables, y si no he tenido acierto en el desempeño, me quedará por lo menos la conciencia de la intención.”<sup>43</sup>

Rechazando la opinión de que fue el odio a los españoles que lo dirigió en su obra y destacando su anhelo de presentar las verdades históricas, dice Santacilla en esta parte de su obra. “Es verdad que he procurado decirlo todo y no he querido

---

<sup>42</sup> Ibid., 316sg.

<sup>43</sup> Ibid., 317.

ocultar nada, porque mi objeto era agrupar los hechos, formando con ellos el proceso, digámoslo así, del régimen colonial. He querido que la juventud cubana, leyendo con detenimiento mi libro, aprendice a odiar de muerte los opresores de un país; y para conseguirlo he tenido que decirle la verdad. Por lo demás, ahí está mi obra: tales como pasaron, así refiero los acontecimientos, y nadie tiene el derecho de quejarse cuando cuento solamente lo que sucedió.”<sup>44</sup>

Según Santacilla desde los comienzos de la colonización de la isla existía enemistad entre la población de la isla y los conquistadores, provocada por la política de los últimos. Subrayando el origen italiano de su héroe Colón criticó Santacilla la política ingrata de la Corona para con el navegante, siguiendo con una crítica más dura en lo tocante a las actividades de los conquistadores contra los indígenas que recibieron “con los brazos abiertos a los mismos que debían destruirlos”.<sup>45</sup> A pesar de que Santacilla subraya repetidamente que sus ataques permanentes contra los males del sistema colonial no son ataques contra España, en realidad no encuentra en las actividades de los españoles en el Nuevo Mundo ni una cosa positiva. En algunos casos usa formulaciones ahistóricas, sobre todo en los momentos en los que habla sobre los indígenas precolombinos como de cubanos. “Los españoles desembarcaron, pero no entraron en el país, sino pasando por sobre los cadáveres de los cubanos que con el valor de la desesperación, disputaron palmo a palmo el terreno, hasta que fueron por la superioridad y la ventaja de las armas exterminados.”<sup>46</sup>

El otro ejemplo de esta postura ahistórica es la comparación de las hazañas de Narciso López con las de Hatuey, considerado como un héroe que sacrificó su vida en la lucha por la libertad manifestando el odio a sus enemigos hasta los últimos momentos de su vida. Santacilla escribió en este contexto: “Cerca ya de la hoguera, el sacerdote que le acompaña le habla del cielo, le pinta las dulzuras de la otra vida y le ofrece en nombre del cristianismo la gloria en la eternidad. El indio le escucha, el indio cree, el indio se convierte; pero en aquel instante, un pensamiento terrible cruza como un relámpago por su imaginación. ‘Padre mío, pregunta con voz sombría, ¿los españoles también van al cielo?’ ‘Sí, hijo mío’, le contesta el sacerdote y como si adivinara la idea que agitaba su cerebro; ‘pero al cielo’, añadió, ‘van únicamente los españoles buenos’. ‘¡Los buenos!’ repite el indio con amarga sonrisa; y luego con una resolución indomable: ‘Padre mío’, dice, ‘a los mejores no los quiero encontrar ni aun en el cielo’. Y calla y se adelanta y muere y renuncia a la gloria, porque el indio no comprende, señores, que puede haber una gloria en la que también tienen parte los españoles ...”<sup>47</sup>

De este modo Santacilla continúa en la presentación de la historia de Cuba hasta el fin del siglo XVIII no encontrando en la política colonial de España ni un rasgo positivo, sin cesar de atribuirle malas intenciones en todas las esferas. Sobre la

---

<sup>44</sup> Ibid., 318sg.

<sup>45</sup> Ibid., 324.

<sup>46</sup> Ibid., 351.

<sup>47</sup> Ibid., 352.

educación, de tal manera, escribió: “Por eso intentó más tarde prohibir también a los cubanos el que viniesen a educarse en los Estados Unidos, y ha establecido últimamente los colegios de jesuitas, y conventos de monjas, que cuiden de educar en la práctica salvaje del fanatismo, la juventud naturalmente inteligente de nuestro infortunado país. Por eso no permite la creación en Cuba de cátedras científicas que ilustren el pueblo, y tolera el establecimiento en la isla de casas de prostitución, que nerven, y envilezcan, y degraden la juventud, para que no estudie ni comprenda jamás los horrores de su situación, y continúe tranquila en la esclavitud sin soñar la libertad.”<sup>48</sup>

Para Santacilla la historia llegó a ser un arma en la lucha política contra el colonialismo español, y la realidad histórica se convirtió en un mito que tenía una única tarea: demostrar el antagonismo de “lo cubano” y “lo español” no solamente a mediados del siglo XIX sino en toda la historia. Pedro Santacilla presentó a los indígenas como precursores de los criollos, y a sus héroes –en la forma del cacique Hauey– como las víctimas del régimen colonial.

Esta imagen se corresponde con la imagen de Cuba y de los siboneys formada en el mismo tiempo por los poetas criollos-siboneístas, en primera fila José Fornaris. En la mitad del siglo XIX podemos observar, de tal manera, en la sociedad de los criollos en Cuba el mismo fenómeno que medio siglo antes en algunas comunidades europeas. Sus portavoces buscaron los héroes de su patria en la historia, acomodaron las figuras históricas a sus necesidades, y las presentaron no solamente en los textos publicados como estudios históricos sino también en la literatura destinada a las capas amplias de los lectores, patriotas y, para estos autores, futuros partidarios del programa “nacional.”

---

<sup>48</sup> Ibid., 481sg.